

**INTERNET
y la sociedad
de la información**
**Una mirada desde
la periferia**

TOMO II

Editor: Octavio Islas

**CIESPAL
2005**

INTERNET y la sociedad de la información

Una mirada desde la periferia

© Varios - Tomo II

1000 ejemplares - agosto 2005

SBN 9978-55-049-6

Código de Barras 9789978550496

Registro derecho autoral N° 022136

Portada:

Juan Pablo Muñoz

Diagramación texto:

Fernando Rivadeneira León

Impresión:

Editorial "Quipus", CIESPAL

Quito – Ecuador

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento del CIESPAL.

Contenido

Introducción	7
Internet: el medio de comunicación. Marisa Avogadro. Argentina	23
Lo que Internet nos traerá y se llevará Naief Yehya. México	49
Contenidos para cibermedios Laura Lugo y Ricardo Casado. Venezuela	67
Convergencia multimedia en Internet Mariano Cebrián Herreros. España	89
e-Gobierno: Construyendo un Buen Gobierno Abraham Sotelo Nava. México	115
Metodología para la e-democracias europeas Amaia Arribas. España	147
La protección de datos personales en la Sociedad de la Información Carlos Colina, Venezuela	165
La Darknet Eduardo Villanueva Mansilla. Perú	211
La administración del DNS Oscar Robles Garay. México	225
El español en la Red Raúl Trejo Delarbre. México	273

Lo que Internet nos traerá y se llevará

*Naief Yehya**

Promesas y amenazas

Durante los diez años recientes, la precipitada evolución de la tecnología digital ha demostrado una y otra vez aquella máxima de la cultura *cyberpunk* que dicta: la calle tiene sus propios usos para las cosas.

Aparatos destinados al uso militar comenzaron a utilizarse en el comercio y la industria civil, sofisticados sistemas de comunicación creados para enlazar institutos de investigación dieron lugar al uso masivo del correo electrónico, tecnologías que parecían no tener ninguna aplicación en la vida doméstica se han vuelto presencias indispensables en el hogar, y una nueva economía pulsante y vital ha emergido prácticamente del éter.

Hoy a nadie sorprende el hecho de que la realidad ha sido tomada por asalto por el ciberespacio. Internet ha desatado una serie de revoluciones en todos los campos de la cultura, ha sacudido los cimientos de las estructuras políticas dominantes, ha creado nuevos

* Mexicano. Ingeniero. Narrador y crítico cultural. Autor de varios libros.

modelos de consumo, ha trascendido, y en ocasiones diluido, fronteras nacionales y barreras ideológicas, ha transgredido todo tipo de credos y certezas, además de que su alcance ha tenido impacto en gente de casi todas las edades, grados educativos, orígenes culturales y niveles económicos.

Pero, a pesar del potencial revolucionario y transformador que tiene Internet, éste es un medio que nunca hemos apreciado por lo que es sino por lo que creemos que deberá ser. A diferencia del cine, la radio o la televisión, la Red llegó al consumo masivo como un medio por definir que ofrecía una serie de posibilidades vagas de entretenimiento, información y enriquecimiento. Durante mucho tiempo, muy pocos eran capaces de asir el potencial de este medio, y menos aún podían entender como se verían afectadas sus vidas por la Red.

Pero algo le quedaba claro a todos, que la promesa de Internet venía acompañada de una amenaza nada sutil: la Red es el medio del mañana y quien no sepa o pueda acceder a ella será tan obsoleto como una máquina de escribir eléctrica o como una calculadora mecánica. La principal trampa de la Red es que es un medio que nos exige renovarnos e incluso reinventarnos aún a pesar de nuestras necesidades y deseos.

En la imaginación popular la Red era un universo paralelo, un espacio real pero a la vez inmaterial, un territorio donde uno podía ser cualquier cosa y donde no se aplicaba ni la ley de gravedad ni la de la oferta y la demanda, un universo paradisíaco de sexualidad virtual ilimitada y de aventuras fantásticas de piratas cibernéticos. La Red generó tal euforia que hasta las computadoras y sus programadores se volvieron sexis. La fantasía modeló de manera radical nuestra percepción de Internet, al punto en que la Red se erigió con partes iguales de ciencia y de ciencia-ficción.

Desde que Internet comenzó a popularizarse fue percibida como un invento con posibilidades prácticamente infinitas de

expansión y desarrollo, que haría que las distancias físicas se contrajeran hasta desaparecer. Como ejemplo del entusiasmo desmedido y el optimismo que raya en el humor basta leer las visiones futuristas al borde de la histeria de Michael Dertouzos, o los delirios frívolos y fantásticos de Nicholas Negroponte. No es demasiado aventurado afirmar que Internet es por lo menos dos terceras parte realidad y una mitología.

Mientras unos veían a Internet como la superautopista de la información, otros lo concebían como un ágora global capaz de democratizar y unir al mundo entero, y unos más lo imaginaban como un espacio de contacto, un foro para expresar emociones y experimentar nuevas formas de sexualidad a distancia. Mientras los más pragmáticos optan por desear que la Red se convierta en un mega *mall* universal, en el que se puedan comprar y vender todos los productos y servicios existentes, la utopía máxima del dogma del mercado libre, los más románticos imaginan a Internet como una especie de espíritu de nuestra especie, como una mente planetaria en la que cada nodo de la Red es un individuo cuya aportación al todo es única, invaluable e indispensable. Así, Internet sería el equivalente a escala planetaria del cortex cerebral, el lugar donde se llevan a cabo las tareas de cómputo en el hombre.

Esta percepción de la Red, como una conciencia planetaria que ha surgido de la Red, ha dado lugar a la fantasía, nutrida por una variedad de obras de ciencia ficción, de que eventualmente veremos emerger en la Red una especie de inteligencia digital, como la aterradora Skynet de la película *Terminator* (James Cameron, 1984 y 1992), o como la mega computadora que genera un universo virtual en *The Matrix* y *The Matrix Reloaded* (Andy y Larry Wachowsky, 1999 y 2003).

La Red animada

El hombre ha soñado desde hace milenios con la fabricación de seres inteligentes o conscientes, desde la mítica estatua viviente

creada por el rey Pigmalión de Chipre hasta los replicantes Nexus 6 de *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982), pasando por *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley. Estas fantasías involucraban humanos manufacturados, seres físicos caracterizados por ser copias que envidiaban nuestra condición humana, aunque fueran más fuertes o inteligentes que nosotros. La idea de una entidad inteligente que no quiera ser como nosotros sino que por el contrario nos desprecie, es una posibilidad inquietante y hasta cierto punto aterradora, ya que la inminente posibilidad de crear máquinas capaces de rebasarnos en innumerables campos (desde toda tarea que implique cálculos hasta jugar ajedrez) presupone la posibilidad de que nuestra especie comience a descender la dura cuesta de la extinción.

Una inteligencia en Red es precisamente el tipo de adversario que podría desplazarnos del papel de amos del universo, ya que resultaría muy difícil compararnos o competir con una entidad capaz de echar mano de manera instantánea a innumerables recursos situados en lugares distintos. En caso de un conflicto, ¿cómo defendernos de una *criatura* capaz de estar en todos lados al mismo tiempo, de multiplicarse y desaparecer en las líneas telefónicas, las computadoras o en los aparatos que el hombre ha construido para simplificarse la vida y protegerse de la naturaleza? Este organismo colectivo sería como el Leviatán de Thomas Hobbes, una entidad que a su vez él retomó del Antiguo Testamento y que estaría formada por todos los hombres, sus instituciones y sus máquinas.

Hobbes creía que la sociedad humana era un sistema autoorganizado, dotado de una especie de vida e inteligencia propias y no controlada por Dios. Además, pensaba que el poder debía ser concedido por consenso y no por derecho divino. Por esto el *Leviatán* fue condenado por la monarquía, el parlamento, las universidades y la iglesia, fue considerado como una obra peligrosa para el gobierno y la religión y en 1683, cuatro años después de la muerte de Hobbes, fue quemado en la hoguera.

Hoy, la imagen de una Red inteligente sigue siendo perturbadora, aunque no por las mismas razones que en el siglo XVII, y no hay duda de que la Red, como monstruo de mil tentáculos y un millón de ojos y oídos, estará presente en las utopías y pesadillas tecnológicas del nuevo siglo. En cualquier caso resulta muy poco probable que algo parecido a la conciencia pueda engendrarse en los procesadores, cables, interruptores, servidores, conectores, tarjetas y demás elementos que forman una Red.

Neo medioevo

Con la Red llegó el acceso inmediato a bases de datos, bibliotecas, centros de documentación, laboratorios, grupos de activistas y centros comerciales. Como se ha repetido hasta la náusea, la Red puso el mundo al alcance de un *clic* del *mouse*. La comparación de Internet con el proverbial *Aleph* de Borges se ha hecho en infinidad de ocasiones, y con justa razón, ya que la Red nos ofrece el universo (o una curiosa representación del mismo) en un solo lugar. No obstante, el costo de tenerlo todo aquí y ahora es la *hiperinformación*; el exceso de información nos hace perder de vista nuestros objetivos, nos confunde e impide encontrar la información precisa que requerimos.

Este es un fenómeno extremadamente común en nuestro tiempo, que el teórico Jacques Ellul anticipó en la década de los 60 como una terrible amenaza a la sociedad democrática por sus posibles usos propagandísticos. Así, puede ser que estemos marchando bajo la luz del cinescopio hacia una nueva edad oscura, a un extraño tiempo en que el diluvio informativo nos ha creado la ilusión de poderlo saber todo (quizás de ahí viene la renovada moda de los programas de concursos televisivos, en que los concursantes tratan de responder toda clase de preguntas frívolas) mientras que en la realidad cada vez sabemos menos. Esta extrema abundancia nos ha llevado a confundir información con conocimiento y sabiduría con la habilidad de utilizar *Yahoo* o *Google*.

El nuevo medievo del que hablaban los teóricos italianos Umberto Eco, Furio Colombo, Francesco Alberoni y Guiseppe Saco hace dos décadas, ha vuelto revitalizado en la forma de una sociedad hundida en un verdadero laberinto de información. Un tiempo en el que el ciudadano común entiende menos que nunca la manera en que funcionan las tecnologías que lo rodean y que le son indispensables para la vida, desde su computadora hasta los microprocesadores de su auto.

A pesar de la caída del muro y la supuesta democratización de la mayoría de los países que eran gobernados por dictaduras, cada vez es más claro que el destino de la humanidad es manejado por un puñado de empresarios, políticos y presuntos visionarios, una pequeña elite que toma decisiones acerca de la forma en que trabajaremos, educaremos a nuestros hijos, nos comunicaremos y nos relacionaremos con la tecnología en un mundo cada vez más dependiente de los circuitos integrados. El costo de la eficiencia digital es la pérdida del control, es ver como todos los mecanismos que nos rodean se transforman en *cajas negras* indescifrables.

Si bien los Estados nacionales no han desaparecido, la globalización tiende a convertir al mundo en un sistema de señoríos sin fronteras, en el que las corporaciones rigen los destinos de millones de siervos sometidos a sus reglas, despojado de las arcaicas victorias laborales por nuevos mecanismos de producción que evaden la protección que ofrecían los sindicatos y las legislaciones laborales. Los nuevos mecanismos de control y opresión transnacionales, como el sistema de maquiladoras, las zonas libres y demás métodos de reducción de costos, se aplican en una variedad de estados pobres en clara violación de los derechos humanos de los trabajadores. El mundo de la globalización carecerá de fronteras, pero no de divisiones entre los que tienen y los desposeídos.

Paradójicamente, en esta era en que las ideas y la información circulan libremente (en la mayoría de los casos) de un extremo al otro del planeta no ha habido una iluminación considerable en

términos de comprensión y tolerancia de las diferencias culturales de la humanidad. Basta ver el número de conflictos regionales de baja, media y alta intensidad que se están desarrollando ahora mismo en cuatro de los cinco continentes para darnos una idea de la descomposición política y moral que sufre el planeta. El clímax de esta tendencia sería la invasión estadounidense a Irak, en contra de todas las leyes internacionales.

Tampoco se han extendido los horizontes del hombre, sino que por el contrario vivimos una era de peligrosos renacimientos religiosos, en que el extremismo y el fanatismo se ha puesto de moda (en parte debido al colapso de las ideologías) desde Afganistán hasta Kansas, pasando por Indonesia, Israel y Rusia.

Ahora bien, el acceso casi indiscriminado a la información ha ayudado a numerosos grupos de trabajadores y activistas a organizarse en las manifestaciones masivas que han tenido lugar en contra del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio entre otras instituciones. La subversión en contra de esos organismos se organizó básicamente en línea y dio un nuevo y exitoso giro a los movimientos populares. Decenas de organizaciones lanzaron convocatorias a través del WWW que dieron lugar a las manifestaciones y actos de desobediencia civil más impactantes que han tenido lugar desde 1968. Las recientes manifestaciones antibélicas planetarias también fueron convocadas en el ciberespacio y fueron todavía más impresionantes.

No obstante, la Red está también impregnada por el misterio, la paranoia y la mentalidad del clan de iniciados. La Red, como otros medios masivos, también tiene un gran potencial enajenador. La economía digital se ha presentado como la nueva piedra filosofal, capaz de transformar cualquier idea, por anodina que sea, en una fuente inagotable de oro con tan solo conocer la fórmula alquímica adecuada. Finalmente, la gran democracia de Internet se limita por la existencia de dominios cerrados y áreas herméticas, fuera del

alcance de los simples mortales en donde se almacena la información verdaderamente sensible capaz de cambiar al mundo.

La Red semántica

Debido a su peculiar arquitectura y diseño, la Red podrá volverse más inteligente de lo que es ahora, sin que para ello tenga que convertirse en una versión globalizada de la computadora HAL, del clásico de la ciencia ficción *2001 Odisea del espacio*, de Arthur C. Clark, por la vía fílmica de Stanley Kubrick (1968).

Aunque aún la tecnología se encuentra muy lejos de poder desarrollar verdadera inteligencia artificial, capaz de razonar, es muy factible que se desarrolle en un futuro cercano lo que Tim Berners-Lee (el principal creador del World Wide Web) denomina una Red semántica, es decir, una extensión de la Red en la que la información se ofrece estructurada y definida para poder ser leída por máquinas y no solo por humanos.

Berners-Lee y sus colegas diseñaron al WWW de manera en que sus páginas fueran principalmente leídas por personas y no procesadas directa y automáticamente por programas y dispositivos diversos. La principal virtud de Internet es sin duda su universalidad y la posibilidad de que todo se conecte con todo, que se puedan establecer vínculos entre las páginas más diversas y que se pueda acceder a ella desde cualquier parte sin discriminación alguna. Pero esto conduce a un caos informativo y a una Babel digital en la que no existe ninguna homogeneidad y, por tanto, las tareas de búsqueda y sistematización de la información son complejas y en la mayoría de los casos, falibles.

La Red semántica será una rama de Internet que podrá manejar y procesar bases de datos estructuradas de acuerdo con juegos de reglas de inferencias. Es decir que tendrá que contar con un lenguaje que exprese tanto información como las reglas para interpretarla y que a la vez que sea tan flexible como para descifrar el significado de otras reglas y eventualmente incorporarlas.

Tradicionalmente, para que un sistema como este funcione requiere estar centralizado, todo debe estar organizado con las mismas definiciones y debe contar una estructura coherente. Además, el número de preguntas que pueden hacerse debe estar limitado para asegurar que el sistema sea confiable. Esto, obviamente, no es el caso del WWW. No obstante, a cambio de contar con un sistema completamente eficaz, como el que podría tener una biblioteca donde toda la información está perfectamente clasificada, el web ofrece desde 1994, “*el año en que el resto del mundo llegó a al Red*”, inmensos y variados recursos, a los que podemos acceder de manera hasta cierto punto azarosa pero a una gran velocidad.

La Red que nos sigue a todas partes

Uno de los efectos secundarios de la revolución de las computadoras personales fue el inicio de una carrera por el consumo de objetos misteriosos que atribuían poderes casi mágicos a sus usuarios. La computadora dejó de ser una herramienta impersonal para volverse un símbolo, un objeto con el que el usuario podía identificarse. De hecho, desde muy temprano en la carrera digital los usuarios se dividieron en dos campos antagónicos: usuarios de PC y devotos de Macintosh.

En el principio la computadora estaba anclada al escritorio, más tarde la liberación llegó en forma de la *laptop*, la cual a su vez evolucionó en la más esbelta y ligera *notebook*, una especie que pareció establecer su superioridad, dominar el mercado y sobrevivir a pesar de la aparición de *subnotebooks* (las cuales eran aún más pequeñas y manejables, pero carecían de toca CDs y de otros accesorios indispensables) y de los extremadamente exitosos *palmtops* o computadoras de bolsillo.

La era de la computación personal dio lugar a la edad de Internet, en la que buena parte de las computadoras se tornaron en puertos de acceso y conexiones con otros individuos y comunidades. Conectarse a Internet era inicialmente una actividad que tan solo

podía llevarse a cabo entre cuatro paredes. Esto habría de cambiar cuando dio inicio la edad inalámbrica, un tiempo en el cual uno podía revisar su correo electrónico mientras viajaba en un taxi, *surfear* sitios porno a bordo de un tren, pagar cuentas desde una banca de parque o hacer reservaciones para una obra de teatro desde la playa. Todo parecía indicar que comenzaba una era de confort sin precedentes.

Hace poco pensábamos que el estado ideal del hombre moderno era estar conectado, *Wired*, como anunciaba el título de la altamente exitosa revista que se volvió la Biblia de la primera generación del WWW. Pero si algo caracteriza al mundo digital es que lo único permanente es el cambio y la única ley ineludible es la de Moore, la cual afirma que la capacidad y velocidad de los chips se duplica cada 18 meses, al tiempo en que su tamaño se reduce vertiginosamente. Esta carrera demencial nos está llevando de la absoluta dependencia del cable y las conexiones a la independencia de movimientos que promete la red inalámbrica y una colección de nuevos aparatos como *palm pilots*, visores Handspring, *paggers* bidireccionales Blueberry, grabadoras y cámaras digitales, tocaMP3s, geoposicionadores orbitales, teléfonos celulares *inteligentes* con acceso al Web y una gama de artefactos especializados que poco a poco comienzan a conquistar usuarios.

Hoy, la mayoría de los fabulosos dispositivos inalámbricos que supuestamente harán más fácil nuestra vida dependen de toda clase de accesorios (cableados), son falibles, muchos de ellos pueden tan solo ser usados en unas cuantas áreas limitadas del mundo y, además de que son caros, tienen una serie de cargos adicionales por su uso. Eventualmente pasaremos a acostumbrarnos a pagar por el privilegio de *vestirnos* con nuestra tecnología inalámbrica. Hoy resulta normal pagar por la tele por cable, el teléfono celular y la conexión a Internet, cargos todos que hace algunos años hubieran sido considerados escandalosos y hoy se perciben como inevitables e incluso razonables, a pesar de que en muy pocos casos estos gastos se traducen en un incremento en los ingresos.

A medida que la tecnología se miniaturiza, las computadoras tienden a volverse invisibles, a integrarse al tejido de la cotidianidad al insertarse en toda clase de aparatos y máquinas. Se estima que un hogar promedio estadounidense cuenta con por lo menos 40 microprocesadores ocultos en diversos aparatos. Pero también las *mentes* de sílice tienden a fusionarse con lo orgánico y, eventualmente, a penetrar al cuerpo mismo. Este es el proceso en que el hombre transforma realmente su naturaleza física, transgrede los límites que impone la piel, se convierte en un *cyborg* y toma en sus manos la tarea de prolongar la evolución por sus propios medios.

William Gibson, el autor de la obra seminal de la era de la Red, *Neuromancer*, soñó con una era en la que todos viviríamos en la Red. En la realidad, parece posible que en un futuro la Red viva en nosotros, que el módem pase a convertirse en una extremidad virtual. Podemos aventurarnos a imaginar que en el próximo siglo Internet será visceral o no será. Es decir que poco a poco nos liberaremos de cables y estorbo hardware para acceder a la Red. En este momento resulta prácticamente impensable introducirnos un cuerpo extraño que establezca un diálogo con nuestro cerebro, pero una vez que una docena de personas se implanten microprocesadores, como hizo el profesor de cibernética de la Universidad de Reading, Inglaterra, Kevin Warwick, habrá colas de personas que quieran ser los primeros en implantarse la última tecnología bajo la piel, así como hoy miles de personas se hacen *piercings* y se ponen aretes en los lugares más insospechados de su anatomía.

De hecho, las muchas facetas de la sexualidad en línea que han proliferado en las últimas décadas nos ofrecen un anticipo de lo que vendrá. La carnalidad mediada por la tecnología y la extraña exosexualidad tecnológica que se ha popularizado de manera asombrosa, paradójicamente causa muchos menos conflictos morales, intelectuales y sensoriales de los que cualquiera hubiera imaginado en la era pre-Internet.

Es de esperar que la siguiente generación de dispositivos electrónicos dejará de seguir el modelo actual, influenciado por el diseño de los aparatos electrónicos de entretenimiento, para adoptar la apariencia de otro símbolo de status y poder: la joyería. Mientras llega el implante neuronal que hará realidad la utopía de la Internet intercraneal o el biochip que convertirá a nuestra mente en una página del Web que podrá ser visitada por cualquier cibernauta, las computadoras, teléfonos y demás dispositivos digitales tienden a transformarse en collares, gargantillas, aretes, pulseras, llaveros, lentes y por supuesto relojes equipados de poderosos microprocesadores que harán las veces de cámaras, micrófonos, estéreos, agendas electrónicas y toda clase de sensores que detectarán nuestro paso por casi cualquier parte, nos conectarán a la red inalámbrica, anticiparán nuestras necesidades y harán del mundo un amable entorno *plug & play*, solo para nosotros.

Pronto, donde quiera que vayamos estaremos sumergidos en campos de ondas electromagnéticas que darán vida, información, reportes de la bolsa de valores, noticias del última hora, reportes meteorológicos y por supuesto millones de horas de publicidad a nuestros ornamentos. Nuestras joyas establecerán un diálogo permanente entre ellas, del cual eventualmente nos harán parte para mantenernos entretenidos, distraídos e irremediamente hiperinformados. Como en la cinta *Minority Report* de Steven Spielberg (2002), la publicidad nos reconocerá y se dirigirá a nosotros por nuestro nombre, creando la ilusión de la muerte del anonimato en un mundo donde estaremos cada vez más solos con nuestras máquinas.

Las profecías digitales

Al pensar hoy en la red del futuro partimos invariablemente de una serie de profecías muy promocionadas pero que posiblemente no se cumplan. En un reciente artículo en el diario *Libération*, Edouard Launet hace una lista de las siete promesas más conocidas de la era de la Red, las cuales evaluamos a continuación.

La Red está engendrando una nueva economía

Esto es cierto solo hasta cierto punto, ya que el comercio en Internet es tan solo una minúscula fracción que no rebasa el 1% del comercio en el mundo real. A pesar de su veloz crecimiento y asombroso desarrollo, el e-comercio se mantiene muy por debajo de las expectativas de los analistas y es de esperar que pasarán algunos años para que el comercio en línea se convierta en una parte relevante de la economía mundial.

Las legislaciones nacionales no podrán soportar los embates y la vitalidad internacionalizadora de la Red

En el año 2003, los Estados nacionales siguen de pie y si bien prácticamente todos han sido afectados de una u otra forma por la Red, ninguno parece visiblemente trastornado ni en peligro de desaparecer por culpa de ella. Por el contrario, algunos países han fortalecido sus mecanismos de censura y propaganda para defenderse de las influencias extranjeras y muchos se encuentran ahora perfeccionando sus sistemas represivos y utilizando la vitalidad de la Red para vigilar, acosar y eventualmente privar de su libertad a numerosos ciudadanos a los que considera subversivos.

La gente tenderá a pasar más tiempo en línea que en el mundo de carne y hueso

De hecho, es posible detectar, por lo menos en los Estados Unidos, una tendencia de que el número de cibernautas se encuentra ligeramente a la baja. De acuerdo con un estudio de la Telecommunications Reports International, el número de usuarios residenciales de Internet ha disminuido por primera vez desde 1980. Aunque la disminución es tan solo de un 0.3% en el último trimestre, con lo que la cifra se sitúa en 68.5 millones de usuarios, esto parece anunciar un cambio radical en la tendencia de crecimiento. Otro dato curioso es que de acuerdo con un estudio de Jupiter Media Matriz, entre enero y octubre del 2002, los usuarios que accedieron a Internet desde su trabajo disminuyeron su uso en 14 minutos. Esto no quiere

decir ni remotamente que la gente vaya a dejar de usar Internet, sino tan solo que el fenómeno de la Red comienza a asentarse y la euforia está disipándose.

La Red es el medio de lo instantáneo

A pesar de la posibilidad de actualizar la información constantemente, no es raro que incluso las páginas de los grandes medios noticiosos corporativos pierdan la carrera de la información con la televisión y la radio. Internet ha ganado a los medios tradicionales la primicia de algunas noticias extremadamente importantes o escandalosas, desde las primeras informaciones de la catástrofe del vuelo TWA 800, que explotó minutos después de despegar de Nueva York, hasta la revelación del *affaire* de Mónica Lewinsky y el ex presidente estadounidense Clinton. No obstante, este medio no ha podido establecer su dominio de manera inequívoca y ganar la confianza del público debido a su irregularidad y volatilidad.

Internet es el futuro de la televisión y la tele es el futuro de la Red

Hasta la fecha, y a menos que se cumpla la promesa de la convergencia digital (en la que la tele, el teléfono y la Red se fusionarán en un solo aparato) o la de extender la amplitud de banda de manera brutal, la gente no cambiará su televisión por las imágenes diminutas y de pobre calidad mediocre en el monitor de su computadora. La mayoría de los pioneros de la tele por el web han desaparecido o cambiado de giro. Hasta hoy, la mayoría de la gente que navega en la Red no busca que esa experiencia sea igual a ver la tele y quienes ven la tele no tienen interés de complicarse la vida navegando la Red.

La publicidad en línea financiará a los sitios de información y servicios

Esto se cumple en muy pocos casos hoy en día y es de esperar que nunca suceda mientras la Red siga siendo un espacio tan

variado, anárquico y complejo, como es ahora, ya que ningún patrocinador serio va a interesarse en financiar un sitio que debe competir en contra de cientos o miles de sitios equivalentes y que quizás se producen con unos centavos. Por lo tanto, la única forma realista en que esto funcione será si la diversidad de la Red es eliminada y se utilizan métodos de censura y control, como los que se aplicaron a la radio en sus orígenes para que se impusieran unas cuantas radiodifusoras comerciales y desaparecieran cientos de opciones que ofrecían formas alternativas de hacer radio.

Los aparatos domésticos estarán conectados a la Red para mantenerse en buen estado de funcionamiento

Quizás en un futuro el refrigerador mismo se encargará de ordenar leche o queso cuando éstos se terminen, pero la realidad es que cada día hay más gente que tiene temor de hacer cualquier tipo de transacción en línea debido a los ampliamente promocionados fraudes en línea, los robos de identidad y la creciente amenaza en contra de la privacidad de que somos objeto todos los que nos aventuramos a ofrecer cualquier información personal en la Red.

Conclusiones

La Red es un medio prodigioso que ha transformado en unos cuantos años la forma en que vivimos y nuestra manera de concebir el mundo. Pero el elemento más inquietante de la cultura de la Red es su fluidez, es decir el hecho de que Internet está cambiando todo el tiempo, como el río de Eralcito, el cual siempre es el mismo sin que pueda jamás volver a ser igual. Estamos muy lejos de que exista una Red inteligente, pero relativamente cerca de una Red semántica capaz de contextualizar información, de *hablar* directamente con diversos sistemas y máquinas para relevarnos de una serie de tareas monótonas y especialmente para hacer más fácil y eficiente cada búsqueda de información.

La característica más interesante de la Red es que es un medio en el que solo cuenta un tiempo: el futuro. Si bien la Red ha simplificado nuestras vidas y hecho posibles una gran cantidad de tareas, la obsesión con la novedad nos convierte a menudo en esclavos del cambio y ha hecho de la humanidad una especie que corre asustada del fantasma de la obsolescencia. Lo paradójico es que en nuestras fantasías de una Red inteligente del futuro que trabaje para nosotros, se entreteje la pesadilla de una Red demasiado inteligente que un día decida deshacerse de la especie más depredadora sobre la faz de la tierra.

La Red ha abierto la posibilidad de acceso a prácticamente todo tipo de información y ha difundido una infinidad de ideas, datos, música, textos e imágenes. Internet ha democratizado el acceso a la cultura, pero a la vez ha dado lugar a una nueva elite todo poderosa y a una concentración demencial de la riqueza en unas cuantas manos. Así mismo, el exceso de información ha dado lugar a una reacción negativa y a un fenómeno de desinformación que aparentemente tan solo tenderá a acentuarse.

Lo que es claro es que la proliferación de la tecnología inalámbrica va eventualmente a hacer que llevemos la Red a todas partes, que las computadoras y teléfonos se conviertan en la joyería del futuro, en símbolos de poder, riqueza y bienestar, que nos hablarán suavemente al oído y que mantendrán un incesante diálogo con toda clase de máquinas y entornos inteligentes. Esto sin duda evolucionará hacia la "cyborguización" del hombre, hacia la modificación de nuestro cuerpo para convertir a nuestro cerebro en el *browser* o cibernavegador del futuro.

Aún tenemos tiempo para meditar acerca de este destino de hiperconectividad que nos hemos impuesto, lamentablemente, estamos tan preocupados por seguirle el paso a la ley de Moore que como especie llegaremos al basurero de reciclaje prácticamente sin darnos cuenta.

Bibliografía

- Berners-Lee, T., Hendler, J., y Lassila, O. "The Semantic Web". *Scientific American*, Mayo de 2001.
- Dertouzos, M. (1998): *What Will Be*. USA, Harper Edge.
- Dyson, G. (1997): *Darwin Among the Machines*. USA, Perseus Books.
- Eco, U., Colombo, F., Albertoni, F., y Saco, G. (1974): *La nueva edad media*. España. Alianza Editorial.
- Ellul, J. (1973): *Propaganda. The Formation of Men's Attitudes*. USA, Vintage Books.
- Kelly, K. (1994): *Out of Control*. USA, Addison Wesley..
- Launet, E. : "Les prophéties envolées du net". *Libération*, 28 de diciembre de 2000.
- Tedeschi, B. "E-Commerce". *The New York Times*, 21 de mayo de 2001.
- Yehya, N. (2001): *El cuerpo transformado*. España, Editorial Paidós.

